

EL SILENCIO: NECESIDAD Y PLENITUD DE LAS PALABRAS

En mi país tenemos un dicho: 'Cuando un burro habla, el otro se calla'. Pero dejando de lado lo gracioso o degradante de esta afirmación, es verdad que cuando alguien habla (burro o no...) los otros deben hacer silencio, no sólo por respeto, sino para poder saber de qué tratan las palabras de quien las profieren.

Cuando en algún Congreso de estudios alguien pronuncia una conferencia y, sólo finalizada la misma, se abre el debate en la asamblea, guiada por alguien que lo conduzca de modo ordenado, sin que quienes debaten se aparten del tema, sin que se produzcan enfrentamientos que a nada bueno llevan y para que el diálogo enriquezca lo expuesto.

Esto vale para el silencio humano y su valor, como para el silencio sagrado, exigido y previsto en las celebraciones litúrgicas.

Si dedico un tiempo al estudio o a la oración, se será una exigencia desmedida pedirme silencio a mí mismo, no haciendo -salvo urgencias- llamadas telefónicas, desconectando la Computadora, como también solicitar a quienes convivan conmigo, el prudente silencio que debe reina en los ámbitos y momentos en que ese hecho sea de necesidad para que mi dedicación al estudio y la oración lleguen a buen puerto. Nadie demandará tal silencio en un paseo al campo, a la montaña o al mar, o en una recreación familiar o comunitaria.

El silencio, ¿es algo negativo?

La respuesta evidente es No..., aunque durante el tiempo de silencio 'no se haga ruido' y se eviten interferencias que pudiera turbar ese clima en el que las palabras adquieren realce y sentido. En nuestras Escuelas de niños, las maestras, muchas veces desbordados por el jolgorio de los pequeños, muchas veces -agotada su paciencia, dicen con alta voz: Niños... ¡hagan silencio! Y 'hacer silencio' nos muestra su dimensión positiva. Dicho silencio no es equivalente a "no hablar", si bien lo incluirá.

¿Por qué debemos 'hacer silencio'?

Porque en la naturaleza de la palabra hablada que quiere concluir en diálogo (palabra entre dos o más...) está la escucha antes del decir algo o pronunciar palabras.

En más de una ocasión, nuestros "diálogos" de parecen a lo entablado entre un chino y un francés, en que cada uno desconoce la lengua del otro o -si la conoce- no está dispuesto a escuchar bien, para poder dar una buena respuesta.

Si alguien me pregunta: -¿Qué día es hoy?, espero que me diga Miércoles o Jueves, y no Hace calor, como si mi pregunta hubiera sido ¿Cómo está hoy el día, para saber si debo salir a la calle, abrigado o no...

Pero para comprender la pregunta, debo hacer silencio mientras me la hacen. Es conditio sine qua non, para poder responder.

Un creyente-cristiano, ¿debe hacer silencio par escuchar responder al Dios que le habla?

La respuesta evidente es que sí. Dios se hizo 'uno de los nuestros' asumiendo nuestra humanidad, para poder oírlo y hablarle con lenguaje de hombre, escuchan y comprendiendo sus palabras, desde nuestros silencios hospitalarios, y teniendo la más absoluta certeza de que Él conoce nuestro idioma. Así se construye una relación dialogal entre dos que hablan y dos que se escuchan con apertura y atención.

El hombre siempre quiso llegar a Dios para conocerlo y amarlo, pero no pudo o lo hizo de modo muy imperfecto. Dios también quiso... ¡y pudo!

Desde hace más de dos mil años, se entabló una relación 'entre semejantes', deseosos de conocer y comprender a s interlocutor.

Cuando en el título de esta breve reflexión puse que el silencio era una necesidad 'y plenitud de las palabras', tanto las humanas como las de Dios, quise afirmar que sin silencio, las palabras corren el riesgo de convertirse en un ruido más, de los muchos que nos invaden y aturden.

No dejemos de pedir al Señor la gracia grande de hacer silencio, para que resuenen en nuestras inteligencias, tanto la Voz de Dios, como las palabras de nuestros prójimos.

Este don y nuestra actitud frente al mismo redundarán en un enriquecimiento para devolver a las palabras su valor excepcional de ser - refrendadas por nuestras acciones- un medio de incalculable valor para ser 'capaces de diálogo', recibiendo tanto a Dios como a los hermanos, por palabras con que ellos quieren entablar estrechas relaciones on nosotros

(fr Héctor Muñoz op – Mendoza – Argentina)